

COMENTARIO

CLARISA HARDY

(PET, Chile).

Lo que en el trasfondo de las exposiciones de Eugenio Tironi y Guillermo Campero está planteado, y que constituye uno de los problemas más acuciantes en el Chile de hoy, es la viabilidad de la construcción democrática, mirada desde la perspectiva de los protagonistas sociales. Esto tendrá que ser repensado en este continente, y particularmente en Chile, donde referentes habituales de los actores sociales se han visto trastocados en un tan breve tiempo.

Existe una población que está quedando fuera de las posibilidades de integración a través de ocupaciones o empleos formales. Y ello en una sociedad y en el marco de una cultura que sigue otorgándole al trabajo un rol central en los procesos de inclusión social. Frente a tal realidad es que surge la interrogante acerca de este gran contingente que queda excluido de lo que tradicionalmente han sido sus elementos de definición social, política y económica.

Lo anterior está relacionado con otro debate de gran actualidad, aquél que se desarrolla en torno a la temática de la concertación. ¿Cómo es posible la construcción de una democracia en que sea factible integrar intereses tan extraordinariamente diversos y, además, desconocidos? El problema no es que los empresarios, los sindicatos o los partidos no tengan capacidad de representación, sino que se han alterado lo que fueran las bases sociales tradicionales del país.

Me parece muy afortunada la expresión de Eugenio Tironi cuando dice que la temática de los pobladores es una manera de buscar, para el conjunto de la sociedad, una manera de representarse concretamente el drama que la atraviesa y cruza: la pérdida de sus referentes habituales de identidad y la dificultad de entender cómo se articula esta nueva estructuración social; el divorcio entre la realidad material objetiva e inmediata, y sus motivaciones, expectativas y perspectivas. La perplejidad que hoy viven los protagonistas sociales obedece a cambios drásticos y un proceso de transición que no logran ser apprehendidos ni racionalizados como parte de las vivencias cotidianas de quienes los viven. No existe certeza alguna acerca

de cuál sea la verdadera tendencia de los cambios que viven los distintos sectores sociales.

Haciendo un esfuerzo por resumir las conclusiones de ambos trabajos, me parece que, en primer lugar, se postula la ausencia de un movimiento social a nivel poblacional. Tal afirmación da por superado un debate que ha sostenido parte de la sociología o los cientistas sociales en los últimos años. Toda la discusión acerca de la relación entre movimientos sociales y partidos políticos, movimientos sociales y Estado, parece sobrepasar con creces las condiciones reales de existencia de los distintos protagonistas sociales. La pregunta que queda abierta es cómo es posible plantearse la existencia de un movimiento social poblacional —u otro— al interior de sociedades que inhiben toda posibilidad de que se constituyan.

Una segunda conclusión que es posible extraer de las ponencias, se refiere a la existencia de una extraordinaria heterogeneidad en el interior de los sectores poblacionales. Los movimientos sociales son o han sido históricamente capaces de conformar referentes o elementos comunes de identidad al interior de sectores diversos. La dificultad no está entonces en su heterogeneidad, sino en la pérdida de los elementos que le daban su identidad. Lo que está en discusión es cuáles son esos referentes de identidad que harían factible que este entorno heterogéneo de sectores descubriera sus puntos de unidad: ¿la exclusión?, ¿la territorialidad?, ¿su antagonismo respecto a la institucionalidad?

El tercer punto que se desprende de ambas intervenciones es el problema de la representatividad, en ausencia de un movimiento capaz de integrar a un conjunto heterogéneo y diverso de sectores. Desde el punto de vista de la refundación democrática, se plantea así el tema de las posibilidades de expresión de estos sectores. En lo que concierne a este aspecto, quisiera decir que, a diferencia de lo que fueron los términos de organización del pasado, hoy día se advierte que las redes organizativas de estos sectores conforman articulaciones de tipo horizontal, donde la representatividad tiene un carácter funcional y operativo, no de delegación.

Lo que está en el fondo —y se traduce en ambas intervenciones— es la conceptualización de la democracia vista desde la perspectiva de las prácticas sociales de actores que no tienen ninguna expresión institucionalizada. Por lo tanto, la discusión no es si los pobladores son apáticos

frente a la democracia, si le piden o no resultados, sino cómo las distintas y heterogéneas prácticas sociales existentes hoy en nuestro país, nos obligan a re-pensar una forma democrática capaz de expresarlas.